PRIMAVERA

DEL 57

Primavera del 57

Como un niño de doce años que se enamora a primera vista, como la ilusión más grande al saber que eres correspondido, así de roto quedé la primera vez que fui al Bernabéu. Confundido entre ciento veinte mil almas, con el calor típico del ocaso de Mayo, en una tarde de euforia descontrolada, de felicidad posible. Aquella tarde del 57 mi padre me tenía quizá la sorpresa más grande que haya recibido. Se puede decir que yo estaba en el banco de suplentes, no era segura mi participación en el partido hasta que sonó el teléfono de casa. Antes y después de que Míster Horn iniciase aquella misa, que hurgaba en los corazones de los hinchas, se sucedieron varios acontecimientos. Empezando por cómo llegó mi padre a Madrid y acabando por el último recuerdo que nos dejó.

Mi padre era un tipo humilde sin mucho bulto en los bolsillos, perteneció a aquella oleada de campesinos que llegó a Madrid en los años treinta, pasó del rastrillo a los carromatos de mulas que cargaban las piedras para empedrar las calles de la capital. Había emigrado desde un pueblo del sur, donde los goles del Madrid solo se escuchaban por la radio y la vida más que torpe era pobre. Con los años, cuando mi familia se hizo un hueco dentro de la clase media, mi padre nos recordaba aquellas batallas diarias con la vida y nos hacía ver cuánto importaban las cosas que no siempre podíamos tener. Nos obligaba a querer a la gente que nos quería, porque según decía, “este país ha visto demasiados balazos entre primos hermanos”.

Cuando mi padre llegó a la ciudad lo primero que hizo fue juntar dos pesetas para ir a Chamartín, el Madrid por aquella época no tenía grandes nombres, aunque mi padre siempre destacaba a Ciriaco. Era otro fútbol, distinto al de ahora, pero también fútbol. Le gustaba decir que gracias a aquel Madrid, en España, murió menos gente en la guerra. A esto le seguía la anécdota de aquel hombre que ante el paredón de fusilamiento, entre los zumbidos de las balas y el silencio intranquilo de los jóvenes exclamó, **-“Hala Madrid”** y el vacío de después quedó entre los soldados como algo único, irrepetible, innegociable. Supe de esta historia poco antes de ver aquel partido en Chamartín contra la Fiorentina, por aquel entonces el Madrid ya era mi equipo, pero en ningún momento pensaba que antes de morir pudiera recordarlo como aquel hombre lo hizo, igual yo le pediría a Dios antes o recordaría a mi madre o a mi esposa o a mis hijos, pero no al Madrid, al menos antes de aquel treinta de mayo del 57.

Después de intentar hacer dinero para sobrevivir en una ciudad cuyo caos estaba a punto de estallar, llegó la guerra y mi padre se pegó al lado del que vino a recogerlo, que al final resultó ser el que menos perdió en la guerra. Porque a diferencia que en el fútbol, entre las trincheras amigas y enemigas solo hay víctimas y supervivientes y nada más. No contaría esto si no tuviera cierto sentido, porque quién sabe si fue

gracias a aquellos años, en los que mi padre se ponía cara al sol con la camisa nueva, cuando yo me quedé enganchado totalmente al Real Madrid.

Durante la guerra mi padre, andaluz por excelencia, caía simpático a todo el mundo y eso que eran tiempos en los que sonreír era algo intolerable. Mi padre era soldado raso y siempre andaba recitando alineaciones. Dentro de la preocupación bélica ahogaba los llantos en alegrías y en recuerdos congelados que también se trasladaban al resto de hombres. Era el que siempre se empeñaba en ser positivo, porque la vida le enseñó demasiadas caras tristes. Cuando en el treinta y nueve se dio por concluida la guerra, mi padre consciente del daño producido, intentó alejarse lo máximo del franquismo. Se quedó en Madrid, pero no aceptó favores, ni puestos de renombre, ni cestas de navidad firmadas por el generalísimo. Eso le creó problemas, pero como he dicho antes, caía bien a la gente y sabían que en su decisión no había reproches, sino lamentos, que le llevaban a culparse por la ignorancia que le llevó a tomar decisiones inmaduras.

Días antes de la final de la Copa de Europa sonó el teléfono de casa. Era un viejo compañero de trinchera de mi padre, que había seguido activo dentro del movimiento. Le llamó por teléfono y le ofreció una entrada para el partido, ya que él tenía otros compromisos y conocía el madridismo que desprendía mi padre. No sabía que decir, pero su compañero le recordó que el ofrecimiento no era por un favor ideológico o por mero compañerismo, sino por agradecimiento a aquellas tardes cerca del Valle del Ebro, entre los zumbidos de las balas y el silencio intranquilo de los jóvenes. Aquel once recitado de memoria: Zamora; Quincoces, Ciriaco; Hilario, Pedro y Luis Regueiro; Valle, Gurruchaga, Eugenio, Olivares y Olasco. Antes de colgar el teléfono vi a mi padre esbozar una sonrisa y encogerse de hombros, como un niño honrado que no sabe que significa la honradez. Al final acabó por aceptar.

Aquel treinta de mayo del 57 era festivo, las plazas y parques se llenaban de niños y niñas, hombres y mujeres. La charleta del día no era otra que la de la Final de la Copa de Europa, que se jugaba en Chamartín a las cinco y media de la tarde. Los niños corríamos por la plaza con la pelota y elegíamos los nombres de aquellos héroes para ensalzar nuestro juego. Aún recuerdo a Miguel, un Jesús entre los doctores, que aquel día eligió ser Gento, no corría igual, ni lo mismo, pero quizá ambos sentían al Madrid de la misma forma. A Miguel le enamoraba el fútbol, pero sus problemas de espalda hicieron que nunca pisara un estadio más allá de la tribuna. Recuerdo el periódico de aquel día, el Madrid partía como favorito, pero yo no quería celebrar antes de tiempo, había que ser cauteloso, porque eran italianos y sabían defender muy bien. Además, salían muy rápido con Julinho, su gran estrella, un jugador que por su nombre se intuía que podía romper alguna que otra cintura. Los hombres que llenaban la plaza hablaban sobre el partido, la mayoría confiaba en la victoria del Real Madrid porque no había lugar para pensar otra cosa. Mientras, las jovencitas se fascinaban con las

fotografías de los jugadores italianos y se deleitaban con el caos emocional que promulgaban los rostros imperiales de una Italia, que en aquella época aún seguía imponiendo grandeza a ciegas. Aunque la que desprendían aquella tarde era menor, porque al contrario que en política o economía, en fútbol no había mejor once que el que recitaban los niños en aquella época: Alonso; Torres, Marquitos, Lesmes; Muñoz, Zárraga; Kopa, Mateos, Di Stéfano, Rial y Gento.

Ya desde por la mañana notaba a mi padre intranquilo, me levantó sonriendo porque íbamos a ver la final. Yo era la envidia del barrio, muy pocos tenían las opciones de ir al partido y yo las reunía todas. A las cuatro y media de la tarde salimos de casa camino al estadio. Mi padre no me soltaba, el sudor de su mano me trasladaba la tensión de aquel momento, una especie de tensión que no corta, sino que apuñala. Esa mezcla entre euforia, pasión y nerviosismo. Algo único. Cuando alcanzamos la puerta mi padre se detiene y me deja junto a un quiosco, me dice que no me mueva de allí. Le veo acercarse a un hombre trajeado. Primero se abrazan como si fueran primos hermanos y después le entrega un sobre, entonces recordé aquella pose de unos días antes, cuando mi padre hablaba por teléfono esbozando una sonrisa y con los hombros encogidos, como un niño honrado que no sabe lo que significa la honradez.

Me despista el hombre del quiosco que intenta entretenerme. **-Hoy marca dos Gento y dos Di Stéfano, el año pasado mira que pasó y eso que no teníamos a Kopa.** Yo me quedé mirándole y le dije. **-Mi padre dice que no hay que darse por ganador, además Kopa no anda muy bien y ellos tienen a un brasileño.** El hombre mientras atendía me dijo a lo lejos. **-¿Sabes?, cuando tenía tu edad el Madrid aún era un proyecto y hoy mira, a punto de conseguir su segunda Copa de Europa.** El viejo suspiró profundamente y continuó. **-Si hay un hincha que pueda ilusionarse y pronosticar un resultado positivo ese es el del Real Madrid, porque tarde o temprano nos darán la razón; uno, porque nunca vi jugar a un equipo como lo hizo el Madrid; y dos, porque sencillamente somos el Madrid.**

Después de un rato mi padre volvió, saludó al viejo del quiosco y nos fuimos hacia la entrada. Allí mi padre se quedó parado mirando a su alrededor, entonces vio a un hombre y su hijo y les pidió que me llevaran con ellos, que él tenía que llevar unos papeles a un señor a Chamartín, que le hiciera el favor que el volvería pronto. Le pidió al hombre que no me perdiera el ojo y me dijo que volvería ya empezado el partido, que no me preocupara. Con Gento como fondista banda arriba, banda abajo, le pregunté al señor por mi padre, a lo que él me respondió**, -igual ya está dentro, pero no vamos a buscarlo porque aquí hay demasiada gente como para encontrarlo, disfruta del partido hombre. Relájate, luego verás a tu padre.**

El partido fue increíble, aún lo recuerdo y eso que fue hace más de cincuenta años. Me hubiera encantado escribir esto como si mi padre hubiese celebrado el gol de Di Stéfano y de Gento estando conmigo, pero nunca estuvo. Nunca me dijo que se quedó

fuera porque solo había una entrada, pero esto no lo supe hasta muchos años después. El Madrid jugaba con el Valencia en París, ya con la vida de mi padre en su ocaso, como aquel mes de Mayo. Aunque esta vez, sí que celebramos juntos los goles y sí que vimos juntos como el Cid Campeador, tras aquella cabalgada de sesenta o setenta metros sentenciaba la final, para ofrecérsela un día después a la Diosa. Tres a cero, seguía creciendo la leyenda, aunque la vida de los mortales tiene fecha de caducidad. Igual yo no he vuelto a ser el mismo desde que la muerte viniera el 15 de Junio del 2000 a recoger a mi padre. Él pensaba que el secreto de aquella única entrada permanecería oculto, pero se lo contó a mi madre que quería ensalzar la figura de su marido. Ella después de que muriera no tardó en hacérmelo llegar.

Le debo muchas cosas a mi padre, entre ellas llevar el escudo del Madrid bordado en el corazón. Hay gente que pensará que aquel amor que se decidió gracias a aquella entrada se lo debo al franquismo, como aquellas cinco Copas de Europa que nos recriminan todos los que no comen de nuestro mismo plato. Pero sigo pensando que hay amores que no se deben a tanto odio, porque al fin y al cabo mi padre aceptó aquella entrada, me la dio a mí y yo inconscientemente no desobedecí. No hay día que no sienta devolverle aquella oportunidad a mi padre porque al contrario que yo, él nunca pudo ver una final en carne y hueso, nunca supo lo que es celebrar un gol entre ciento veinte mil almas por la Copa de Europa. Yo podía agradecer al régimen aquella entrada y podría agradecerle las cinco Copas de Europa, pero no sería justo ni con mi padre ni con el madridismo, porque a mí nunca me dio la entrada un militar o el generalísimo, y tampoco aquella tarde y aquel año jugaban sargentos y soldados. Aquella tarde jugó el Madrid de Di Stéfano.

Aquello que vi esa tarde de la primavera del 57, en sí mismo es el Madrid. Por mi padre, por mi amigo Miguel que siempre encumbró a Gento, por el viejo del quiosco que me dijo por qué íbamos a ser campeones, por el señor trajeado que abrazó a mi padre y le entregó un sobre, por aquel joven que gritó “Hala Madrid” antes de ser fusilado. Por aquel once campeón del treinta y dos, por el hombre y el niño que me acompañaron durante el partido y por el madridismo en general. Por el último y el primero que entró al estadio para apoyar al Madrid aquella tarde, por los que se quedaron en la plaza escuchando el partido por la radio, en parte, por todos para los que el Madrid es algo más que un equipo de fútbol. No sé si una pasión, si la vida en sí, si algo con lo que entretenerse. No sé si algo a lo que pertenecemos por necesidad, por afinidad, o porque simplemente queremos parecernos a nuestros padres.

Esta no es mi historia, es la de un madridista que resultó ser mi padre. Decidí escribir esto cuando mi madre me llamó al móvil para decirme que había encontrado algo en una chaqueta de mi padre. Era un papelito arrugado que trazaba tres líneas y al pie lo firmaba con fecha, 23 de Mayo del año 2000, justo el día que tocamos el cielo de París, en el papelito decía:

Y qué sería de mí,

y qué sería de mí,

de no haber sido hincha del Real Madrid.

Para tí papa, por los goles que nunca vimos juntos, pero que celebramos a la vez.